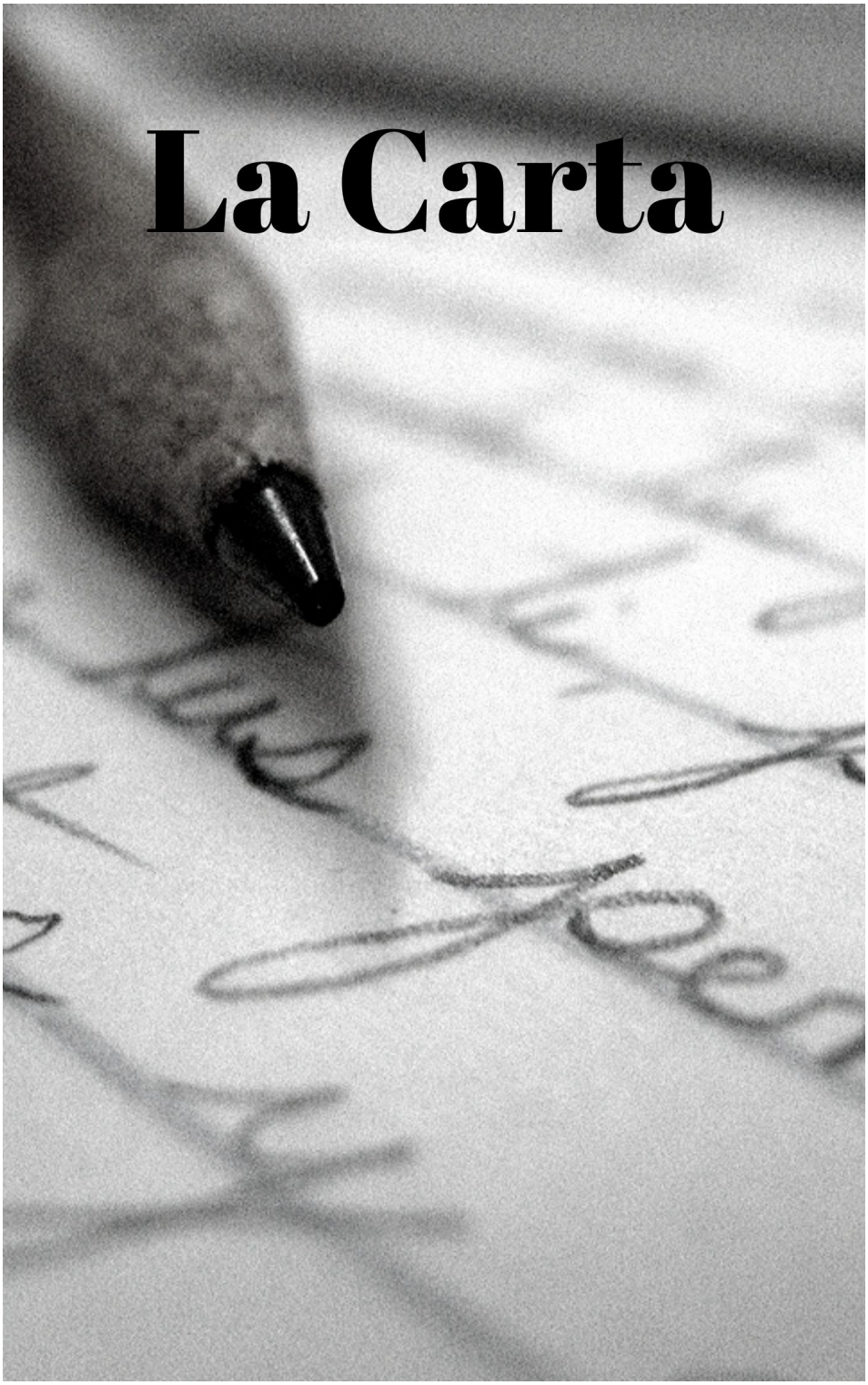
La Carta

byn gan



Capítulo 1

La Carta

La gran batalla había acabado. Llevaban luchando contra los republicanos 115 días en el río Ebro. Los soldados del ejército franquista fueron avisados por sus superiores de que los enemigos se habían retirado. Celebraron la victoria, sabían que era decisiva para el curso de la guerra.

Poco después les mandaron a patrullar las inmediaciones por las que días o incluso horas antes estaban los republicanos apuntando con rifles, esperando la nueva ofensiva de los nacionalistas. Eso significaba vía libre para saquear y llevarse lo que pudiesen de los cadáveres, tanto nacionalistas como republicanos. Dichas patrullas estaban formadas por grupos de cinco soldados. En una de esas patrullas se encontraba Daniel, un hombre de unos treinta años con una barba por las que se empezaban a asomar canas. Normalmente la llevaría afeitada, pero a nadie le importa si estás bien arreglado cuando sabes que puedes morir sin ni siquiera darte tiempo a reaccionar, esa es el poder de las armas de fuego. Daniel ya había participado en otras batallas y salir a patrullar después de una ya era pan de cada día. Empezó saqueando un cadáver republicano, supuso que tendría poco más de veinte años, no encontró nada interesante, pasó al siguiente, y al siguiente, así durante dos horas. Tenían órdenes de volver cuando el Sol empezara a ponerse y eso era lo que estaba sucediendo. Daniel avistó un cuerpo apoyado en un árbol. Tenía una pistola en la mano derecha y en ese mismo lado un tiro en la cabeza, sintió pena por él. Sabía que en otra situación podría haber sido al revés. Se dijo que sería el último para saquear. Se acercó, la vestimenta delataba que era un republicano más, o al menos lo era. Empezó registrando la cazadora de paño, notó el tacto de un papel fino y arrugado. La sacó, había escrito algo en ella. La empezó a leer, descubrió que el cadáver que estaba saqueando se llamaba Adrián y se dio cuenta de que era una carta hacia alguien llamada Milagros, más bien era una carta de despedida. Supuso que la tal Milagros seria la mujer. Sin saber exactamente por qué, se la guardó. Siguió buscando en lo que quedó de Adrián y no encontró mucho más que un lápiz.

Mientras volvía al puesto de avanzada con sus compañeros alrededor hablando de cualquier cosa para sobrellevar el mal olor que inundaba el rio Ebro, avistó un cuerpo tirado en el suelo y boca abajo. Parecía que se retorcía, sacó la pistola que llevaba en la funda de la cintura, al igual que Adrián ese no era de su bando. Se acercó con cautela, le dio la vuelta con la pierna. No le dio tiempo a reaccionar, se llevó un tiro de una pequeña pistola en el hombro derecho y quedó tendido en el suelo, por suerte sus compañeros si reaccionaron lo suficientemente rápido como para que no se llevara otra bala más y acribillaron a balazos al que seguramente fuera

el último soldado republicano vivo que quedaba en esa zona.

Abrió los ojos pero los cerró con un gesto molesto, había demasiada luz, se obligó a abrirlos pero esta vez lentamente. Estaba en un hospital tendido en una camilla y sin la parte superior del uniforme, con una venda que le rodeaba el hombro entero y cubriéndole parte del brazo y el pecho. Las enfermeras pasaban alrededor ocupándose de los demás heridos, aunque seguramente él era el único que recibió un balazo después de la larga lucha. Aún recuerda ese momento, fue tan repentino. Lo que no se podía quitar de la cabeza era la mirada de odio y desesperación de aquel hombre que le disparó. Se alegró de que todos los republicanos estuvieran muertos, o al menos los de aquella zona, de hecho no sabía exactamente donde estaba, era una enfermería, pero seguiría estando por las cercanías del rio Ebro? Se dispuso a preguntar a una enfermera que estaba tratando a un paciente al lado suyo.

- ¿Perdona, me podría decir donde estoy exactamente?

- Estás en Gandesa, llevas inconsciente poco más de 8 horas y la herida de bala ya no es grave, podrás mover perfectamente tu hombro dentro de unas semanas, es posible que tengas algunos mareos, no te preocupes por eso, es una pequeña contusión en la nuca a causa de la caída por el disparo. – La enfermera ya estaba acostumbrada a este tipo de situaciones y se ahorraba las preguntas. Ni siquiera se dirigía a Daniel mientras hablaba, seguía con su paciente -Tuviste suerte, la bala te atravesó. ¿Eres alérgico a alguna sustancia?

-Mmm – Aun estaba procesando la información – No, creo que no.

-Bien, mañana te tendrás que ir, sigue descansando, y por cierto, casi se me olvida, te han dejado una carta, está a tu izquierda en la mesilla. –No le hizo falta preguntar porque lo echaban de la enfermería, solo había que echar un ojo a la cantidad de heridos y enfermos que habían.

Agarró la carta con dificultades, no podía mover mucho el hombro. La leyó. Era una carta de Rafael García-Valiño y Marcén, general del Cuerpo al cual Daniel pertenecía.

¡Arriba España! Saludo a Franco.
18/11/1938

Buen sirviente de nuestra amada patria, ha sido fiel a la querida España durante este periodo de guerra contra los traidores. Pero gracias al gran Francisco Franco y su liderazgo, esta guerra acabará pronto. He recibido la noticia de que en esta última victoria quedó herido. Le doy mi pésame, pero recuérdela con orgullo, pues no es algo de lo que avergonzarse, es

un símbolo de que el franquismo siempre se alzará ante todo aquel que se oponga.

Aun así, ha demostrados ser un buen soldado y a pesar de su herida seguirá sirviendo a la patria de otra forma. Le hemos encomendado la misión de infiltrarse en Barcelona y recabar toda la información posible. En especial indague por el distrito de Grácia, pues nos han llegado rumores de que los líderes republicanos se establecerán por la zona. El 15 de Diciembre saldrá de Barcelona para dirigirse a Sabadell donde le esperaran y le llevarán a Zaragoza y dará toda la información recogida. Mañana saldrá al alba, le estará esperando un vehículo. Si consigue triunfar, se le concederá un ascenso y podrá conocer personalmente a nuestro general Francisco Franco.

Por Dios, España y su revolución Nacional-Sindicalista.

Rafael García-Valiño y Marcén

Estuvo un buen rato leyéndola. Tenía una letra pequeña y estrecha. A pesar de las condolencias que el general le escribió, Daniel sintió que eran palabras vacías, solo una formalidad. Lo realmente importante era el mensaje. Pronto tendría que dirigirse a Barcelona y ser cauteloso. En todos los años de servicio nunca pensó que se dedicaría al espionaje. Es más, la idea no le agradaba nada. Tampoco le asustaba el hecho de meterse en la boca del lobo, si moría a nadie le importaría mucho. Nunca tuvo a nadie especialmente importante pero de que le serviría un ascenso si la guerra acabaría pronto. Conocer a Franco conllevaría a conocer a gente de poder, así que eso era lo único decente. Siempre venía bien tener buenos contactos pensó Daniel.

Al día siguiente le despertó una enfermera diferente a la anterior. Se acabó de vestir y antes de salir se acordó de la carta que agarró de aquel cadáver. Buscó en el bolsillo del pantalón, allí seguía. Salió del pequeño hospital y vinieron a recogerle dos jóvenes disfrazados de soldados con los uniformes típicos de un franquista. A los dos les quedaba grande el casco de acero y quedaba aún más en ridículo con las caras impasibles que tenían. Se montaron en un furgón de color verde oscuro.

Cuando empezaron a ver la ciudad de Barcelona se detuvieron. Uno de los dos jóvenes le dio una bolsa con ropa, una vestimenta republicana y una pistola. Daniel se desvistió y se puso la vestimenta. No era de su talla pero al menos los pantalones no se le caían excesivamente. Hizo el ademán de subirse pero se lo impidieron.

- A partir de aquí irás solo, no nos podemos arriesgar. Dijo el conductor.

- ¿Al menos no me podríais acercar un poco más? – Le contestó Daniel

con gesto molesto.

- No. – Acabó la discusión con tono seco y cortante. Arrancó el furgón, dio la vuelta y aceleró.

Mientras Daniel miraba como la figura del furgón se hacía cada vez más pequeña sus nervios crecían y se hacían más grandes. A medida que se acercaba a la ciudad, empezó a ver a algunas familias caminando en la misma dirección que él. Se abrigaban con lo que podían pues estaban en pleno invierno.

Daniel finalmente llegó a la entrada de Barcelona y no fue lo que se esperaba. Algunas calles parecían un campo de batalla. Daniel no sabía que habían bombardeado la ciudad. Esperaba que no tiraran ninguna bomba mientras él estuviera dentro. Se dirigió directamente al distrito de Grácia. Se fijó en un pequeño bar y entró. No había mucha gente, solo un anciano y un grupo formado por una mujer y dos hombres sentados en la barra más el camarero. Daniel pidió una cerveza mientras se sentaba en la barra. Allí tendría tiempo de pensar en cómo iba a buscar información. La mujer le dijo algo a los otros dos hombres y se acercó a Daniel.

- Hola camarada. Nunca te he visto por aquí. ¿Ordenes de algún general? – Preguntó la chica con gesto amable.

- Si, pronto llegaran el resto de refuerzos. – Con esa pregunta que le hizo supo que ella también formaba parte del ejército republicano.

- Hicimos lo que pudimos en el Ebro. Esos malditos cabrones nos tienen contra las cuerdas. – Daniel la miró y lo único que vio fue rabia. Más de lo normal en una persona. - ¿De qué división eres? – Le preguntó.

- 3ª división, comandado por Manuel Tagüeña. – De camino a Barcelona el rancio conductor le dio toda la información que le hacía falta para hacerse pasar por uno de ellos y se la aprendió. No le dio las gracias pero ahora se las daría con mucho gusto.

Estuvieron hablando hasta que se hizo tarde. Pasaron desde comentarios sobre la situación actual hasta simple tonterías y chistes. Más tarde se unieron a la conversación los otros dos hombres. Daniel había conseguido ganarse la confianza del enemigo mucho más fácil de lo que esperaba. Pero hubo una sorpresa que no se esperaba, y es que cuando finalmente se preguntaron los nombres la mujer le contestó – Me llamo Milagros. – Demasiada casualidad para ser verdad, pero así era. No fue capaz de entregarle la carta y al final del día se fueron a dormir, aunque eso no significaba que no se vieran más, pues esa mujer era el atajo que necesitaba para cumplir su misión.

Se buscó un hotel y se alojó para pasar unas semanas. Antes de dormir agarró la carta y la leyó otra vez. Si, tenía que ser ella, quien sino. Dejó la maleta en un rincón y se durmió.

Durante los siguientes días Daniel siguió con Milagros charlando y conociendo a sus compañeros, en su mayoría republicanos esperando las siguientes órdenes. Empezó a sentir aprecio por Milagros, y cada vez se sentía más culpable por tener aquella carta. Se dio cuenta de que en realidad no hacía falta ganarse la confianza de Milagros, ya que con el simple hecho de que se creyera que era de los suyos podría estar tranquilo. Un día de estos días ella le comentó que pronto se reunirían en una casa con un comandante y que recibirían las siguientes órdenes. Finalmente llegó el momento de hacer lo que venía a hacer. Daniel junto a Milagros se dirigieron a la casa donde se iban a reunir todos. Una vez en la puerta Daniel se paró y se quedó pensando.

- ¿Qué pasa, te han entrado los nervios? – Le preguntó ella sonriendo.

- Milagros, te tengo que dar una cosa. – Metió la mano en el bolsillo, sacó la carta y se la entregó. La empezó a leer y mientras lo hacía sus ojos se iban arrugando y humedeciendo. Daniel se dio cuenta de que se negaba a llorar. Cuando acabó le miró a los ojos y le preguntó titubeando.

- ¿De dónde la has sacado?

- De… de un cadáver, la tenía en el bolsillo. Lo siento. – No podía mirarla a los ojos.

- ¿Tú eras… eras de la 3ª división, no?

- Si, por qué? – Se puso un tanto nervioso.

- No… por nada. Vamos – Entraron en la casa. Se le calmaron un poco los nervios pero estaría atento.

Había mucha gente reunida para el poco espacio que disponía la casa. Estuvieron unos minutos esperando a más gente y comenzó la asamblea. Daniel estuvo bastante nervioso durante las tres horas que duró. Por suerte solo hablaron los líderes rojos, dando discursos y discutiendo sobre las posibles estrategias para defender Barcelona. Milagros también participó. Habló con una pequeña furia tanto en los ojos como en la voz. Daniel estaba empezando a ver que sospechaba algo, aunque no estaba seguro. Lo único que sabía con certeza era que tenía más rango de lo que pensaba. Aun así todo aquello ya no importaba nada, Daniel lo estaba apuntando todo en una hoja. Estaba cumpliendo la misión y cuando hubiera acabado la reunión se iría por la noche a Sabadell.

Mientras salían vio que Milagros se iba sin decirle adiós. Pensó en ir y hablar de la carta pero si lo hacía ella haría más preguntas y lo destaparía todo. Además pronto anochecería y tenía que prepararlo todo.

Salió del hotel y levantó la cabeza, la luna se escondía entre las nubes por lo que tenía que darse prisa antes de que se pusiera a llover. A pesar de las altas horas de la noche, Daniel se cruzó con unas cuantas personas. Fumaban, bebían o simplemente pasaban el rato. Se preguntó si sabrían que pronto la ciudad ardería y si ese era el caso, como podían estar tan tranquilos.

Daniel ya veía la salida de Barcelona, se apresuró aún más, estaba impaciente por volver a… ¿Adonde? No tenía a nadie, solo tenía una casucha en Pamplona, pero nunca la percibió como un hogar, es más nunca tuvo un hogar, ni una familia. Se crío en un orfanato de Bilbao hasta que se hizo lo suficientemente mayor como para buscarse trabajo. Hizo algunos amigos pero fueron pasajeros. Encontró un trabajo fijo hasta que llegó la guerra. Daniel había estado presente desde el principio, y por lo que parecía también vería el final. Pero seguiría estando solo, hasta ahora. Se acordó de Milagros, hacía mucho que no se sentía a gusto con otra persona. "Mierda, es mal momento para que una persona te empiece a importar, y más cuando pronto morirá junto a sus compañeros". Pero no podía parar de pensar en que se pasaría el resto de su vida solo. Francia estaba cerca, podría avisarla y huir. Y si ella no quiere abandonar a sus amigos pues que se vengan también. Si ya estaba pensando eso era porque ya había tomado una decisión. Miró una última vez la salida, se dio la vuelta y cayó muerto de espaldas. Fue rápido y sin darle tiempo a reaccionar. Milagros seguía con la pistola en alto, a unos veinte metros, acompañado de tres hombres más. Se aproximaron al cuerpo, estaba definitivamente muerto, tenía un hueco en el ojo.

- ¿Seguro que era un espía? – Preguntó uno de los acompañantes.

- Sí, tenía una carta de mi marido, en paz descanse. Pero la división la cual formaba parte estaba muy lejos de la división que me dijo Daniel. Es imposible que hubiera encontrado el cadáver a menos que estuviera en el lado enemigo. – Registró el cuerpo y encontró una hoja con información republicana escrita en ella. – ¿Lo ves? Me usó para infiltrarse en la reunión. En la mochila tiene ropa, así que se iba a ir esta noche. Avisad al general. – Los hombres se fueron y se quedó sola con el cadáver. – Me caías bien, si no me hubieras dado la carta de mi marido no me hubiera dado cuenta de que eras un franquista. Aun así, te doy las gracias.

Se alejó y el cuerpo de Daniel quedó en medio de la calle. Nadie lloró ni lloraría su muerte, ni siquiera las nubes, que al final no dejaron caer las gotas sobre la ciudad. Al menos consiguió hacer un poco más feliz a

alguien, fuera enemigo o aliado.